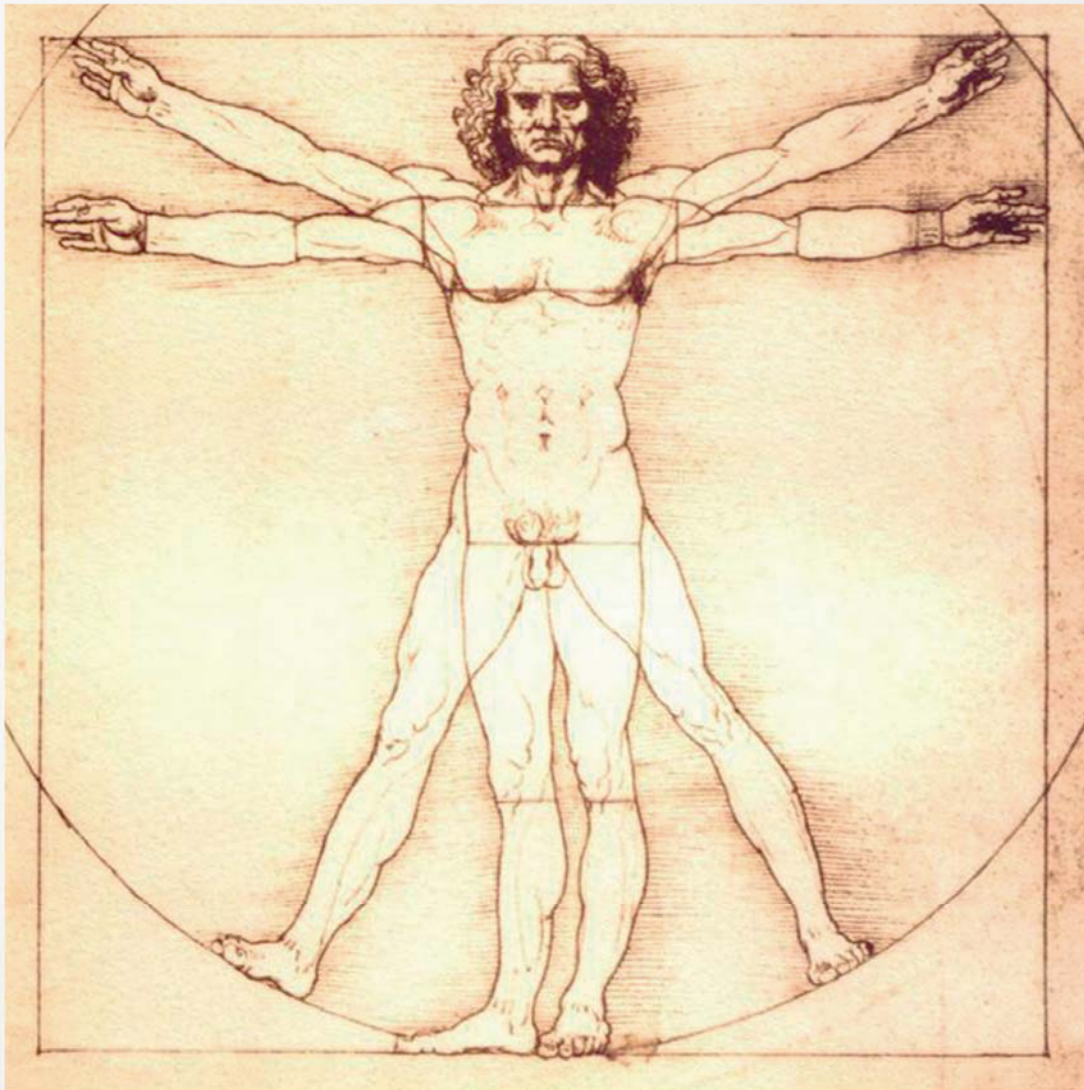


FACULTAD DE FILOSOFÍA,
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN Y HUMANIDADES

ACTAS DE LA I JORNADA
DE HUMANIDADES

“LAS HUMANIDADES DE AYER Y HOY”

PAULA V. RODRÍGUEZ MELGAREJO
SOLEDAD MONTEAGUDO
(COMPILADORAS)



UM

UNIVERSIDAD DE MORÓN

Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades

Paula V. Rodríguez Melgarejo - Soledad Monteagudo (compiladoras)

Actas de la I Jornada de Humanidades

“Las Humanidades ayer y hoy”

22 y 23 de junio de 2017

UM

UNIVERSIDAD DE MORÓN

Actas de la I Jornada de Humanidades : las humanidades de ayer y hoy ; compilado por Paula V. Rodríguez Melgarejo; Soledad Monteagudo - 1a. ed . - Morón : Universidad de Morón. Facultad de Filosofía Ciencias de la Educación y Humanidades, 2018.
158 p. ; 28 x 20 cm.

ISBN 978-987-3977-61-9

1. Jornadas. 2. Filosofía. 3. Humanidades. I. Rodríguez Melgarejo, Paula V., comp.
II. Monteagudo, Soledad, comp.
CDD 190

© 2018 **Universidad de Morón**
Cabildo 134 - B1708JPD Morón
Buenos Aires - Argentina
Tel.: 5627-2000 (líneas rotativas)

Hecho el Depósito que marca la Ley 11.723.

ISBN 978-987-3977-61-9

Las opiniones y contenidos vertidos en el presente libro son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD DE MORÓN

Rector:

Dr. Héctor N. Porto Lemma

Vicerrector:

Ing. Enirque Luis Otero

Vicerrector Emérito:

Dr. Domingo Santo Liotta

Facultad de Filosofía, Ciencias de la Educación y Humanidades

Decano:

Dr. Roberto M. Paterno

Vicedecana:

Prof. María Cristina Davolio

Secretaria Académica:

Prof. Paula V. Rodríguez Melgarejo

Directora de Estudios y Coordinación:

Prof. María Delia Traverso

Secretaria Adjunta:

Prof. Soledad Monteagudo

Comité Académico

Dra. María Cecilia Colombani

Dra. Norma Saura

Prof. María Cristiana Davolio

Prof. María Concepción Rodríguez

Prof. Patricia Porzio

Mter. Lilian P. de Messina

Prof. Viviana Civitillo

Comisión Organizadora:

Dra. María Cecilia Colombani

Prof. Andrea Fernández

Prof. Guido Fernández Parmo

Mg. María Delia Traverso

Prof. Laura González

Prof. Paula V. Rodríguez Melgarejo

Prof. Soledad Monteagudo

ÍNDICE

Presentación	9
Conferencias	
¿Para qué sirven las Humanidades?	
<i>Dora Barrancos</i>	11
Género, política y acción: repensando las Humanidades	
<i>María Cecilia Colombani</i>	15
Identidad y pertenencia en la literatura poscolonial femenina en África contemporánea	
<i>Gabriela Leighton</i>	22
Impacto de la evaluación de la calidad y la equidad. Ayer y hoy en las Ciencias de la Educación	
<i>María Clara Rampazzi</i>	29
Ponencias	
Paisajes documentales. Estudio de las representaciones de la naturaleza en los ensayos documentales de Sergei Loznitsa	
<i>Natalia A. Accossano Pérez</i>	39
La fotografía y la transgresión de los cuerpos en La sed del ojo de Pablo Montoya	
<i>Cynthia Callegari</i>	48
Comunicación y Humanidades: Intertextualidad e Internet. ¿Cuándo existe el plagio?	
<i>Silvana Inés Camerlo</i>	53
Lejos de Roma contrapunto de tradiciones y rupturas	
<i>Martha Campobello</i>	59
Las Humanidades hoy: del objeto al sujeto	
<i>Viviana Civitillo</i>	66
¿Dónde localizamos a “lo humano” hoy? Límites de la ciencia	
<i>Pablo Grimoldi</i>	71
El valor literario del fenómeno folklórico	
<i>Sabrina Jeanette Martínez</i>	77
La profesionalización docente	
<i>Lilian Pedernana de Messina</i>	81
La propiedad privada en John Locke: dos miradas	
<i>Ana María Pastore</i>	88
Las transformaciones socioculturales en las escuelas confesionales en los últimos 60 años	
<i>Ana María Pastore</i>	98

Filosofía, Niñez y juventud- Su rol en el pensamiento <i>María Gabriela Purita, Ignacio Testasecca, Marcela Arrobas, Melina de Matheis, Sofía Roca, Daniela Quevedo</i>	108
El poeta como “maestro de verdad”. Reflexión en torno a <i>Helena</i> de Eurípides <i>Marcela Ristorto</i>	116
“Cuando tu enemigo esté unido, divídelo” (AG 1.25) De(con)strucción de la elite dominante en IV Macabeos <i>Roberto Jesús Sayar</i>	126
Sobre “el fin de la excepción humana”: la relevancia de la continuidad evolutiva en la comprensión de la moral <i>Ernesto Joaquín Suárez</i>	135
Discurso sobre las Humanidades en el Renacimiento Europeo <i>Mariana Sverlij</i>	141
Enseñar filosofía en la escuela media de hoy. Algunas reflexiones <i>Juan Pablo Tosi Rivella</i>	147
Referencias de los autores	152

Discursos sobre las humanidades en el Renacimiento europeo

Mariana Sverlij
(Universidad de Buenos Aires- CONICET)

Sabida es la importancia que en el Renacimiento europeo adquiere el hombre, colocado en el centro de la nueva escena literaria y filosófica. El término “humanismo” (*humanismus*), sin embargo, pertenece al siglo XIX, y fue acuñado por un educador alemán para defender una educación que atendía a los clásicos griegos y latinos, en oposición a la creciente demanda de una educación más práctica y científica. En este sentido los historiadores del siglo XIX emplearon esta palabra para aludir a los hombres de estudio del Renacimiento que también habían defendido y establecido el papel central de los clásicos en los programas de estudio (Kristeller 39: 1979). El término *humanismus* proviene de una palabra similar, «humanista», cuyo origen se remonta al Renacimiento mismo, designando con ella al profesor de humanidades (*studia humanitatis*). Si bien ya en Cicerón se encuentra este término con el sentido general de una educación liberal o literaria, en la primera mitad del siglo XV, los *studia humanitatis* significaban más precisamente un conjunto de cinco disciplinas: gramática, retórica, historia, poesía y filosofía moral, “entendiendo que el estudio de cada una de estas materias –señala Kristeller- incluía la lectura e interpretación de los escritores latinos usuales y, en menor grado, de los griegos” (40).

Otra es la perspectiva adoptada por Garin para analizar el creciente entusiasmo por las «humanidades». De acuerdo con el filósofo italiano, el aristotelismo de raigambre universitaria de los últimos siglos medievales, al parecer de los humanistas, rebajaba al hombre y su realidad espiritual, como engranajes de una *scientia* de la naturaleza. El giro en este sentido conduce a una renovada línea de pensamiento de raíces platónicas y neoplatónicas- agustinianas, que auspicia, en el decir de Garin, “la nostalgia hacia una cultura más humana” (1984: 58) e invita a una revisión de los atributos, limitaciones y potencialidades del hombre.

En lo siguiente procuraremos hacer un recorrido por algunos discursos sobre las humanidades que se desarrollaron entre los siglos XIV y XVI en el seno de lo que se ha denominado «cultura humanista». Nos centraremos, especialmente, en la manifestación discursiva de una idea de «humanidad» (*humanitas*) que se constituye a través del dominio de la palabra.

1. Francesco Petrarca y Leonardo Bruni

Comencemos por F. Petrarca (1304-1374). En el diálogo *Secreto mío* Petrarca pone en escena el enfrentamiento de dos discursos enarbolados, respectivamente, por las figuras de San Agustín y Francesco. De un lado, el Santo, del otro, el poeta italiano, el humanista latino, y, ante todo, el hombre, descrito en el *Secretum* como un *fragilissimum animal*. Ambos interlocutores rondarán una y otra vez la pregunta sobre qué es el hombre y, más precisamente, sobre qué tiene que hacer el hombre para ser hombre. Y esto es así porque, desde la óptica del personaje de San Agustín, Francesco ha perdido, en gran medida, su humanidad al dejarse aprisionar por las vanas y terrenales cadenas del amor

y de la gloria literaria. Por ello, lo amonesta a que deje de volcarse en el afuera y vuelva la mirada hacia su interioridad. De acuerdo con el Santo, una de las formas de lograrlo es mediante la lectura, entendida como una re-significación, sobre todo, de uno mismo. Una experiencia que debe dejar huellas (marcas) en el sujeto que la practica: marcar los libros y, así, grabarlos en la memoria. Esto permitirá recurrir a las sentencias de los filósofos cuando el ánimo lo necesite: “Cuántas veces en el curso de tus lecturas tropieces con sentencias beneficiosas y sientas cómo te estimulan el ánimo o lo refrenan, no confíes en las fuerzas de la inteligencia: consérvales al abrigo en la memoria y pon el máximo interés en familiarizarte con ellas; y así, tal los médicos expertos, en cualquier lugar o tiempo que se declare una enfermedad, tendrás los remedios como escritos en el alma” (1978, 94).

Esta idea de la palabra como vehículo de restitución o constitución de la *humanitas* se modifica en los inicios del siglo XV en el *Diálogo a Pier Paolo Vergerio* de Leonardo Bruni (1370-1444). Tanto en el caso de Petrarca como en el de Bruni nos encontramos ante el género diálogo. Pero mientras que en el primero es la escindida conciencia de Petrarca la que dialoga consigo misma, encarnándose en las figuras de Agustín y Francesco, en el caso de Bruni, es el círculo de los humanistas más destacados de Florencia los que se reúnen para discutir a viva voz el estado de las letras actual, poniendo en comparación los logros de los Antiguos con los de los Modernos (Dante, Petrarca y Boccaccio). Planteado en estos términos, el camino propuesto por Bruni para constituir una “cultura más humana” es inverso al propuesto por Petrarca, en la medida en que la palabra debe salir, circular socialmente. De allí que se considere beneficioso el cultivo del debate (*disputatio*) para el fortalecimiento de las disciplinas humanas. En la obra de Bruni, en este sentido, el “sabio” ya no es el que se vuelca sobre sí mismo y no se “pierde en el afuera”, como amonesta Agustín a Francesco en *Secreto Mío*. Por el contrario, los *studia humanitatis* cobran valor en la medida en que circulan y el sabio se aleja de la serenidad para abrazar la confrontación. Así, dice, en el diálogo de Bruni, Coluccio Salutati: “y verdaderamente no sé si podría encontrar algo más útil (*utilius*) para vuestros estudios (*studia vestra*)” (39: 2000).

2. Leon Battista Alberti

En el caso de Leon Battista Alberti (1404-1472) ambos canales de la palabra (el camino interior de Petrarca y la circulación social de la palabra de Bruni) resultan cuestionados en la medida en que no logran modificar el curso humano signado por los vaivenes de la Fortuna. Para adentrarnos en esta nueva comprensión de las “humanidades” tomemos tres textos albertianos.

En 1453, Alberti escribe en latín su narración *Momo o del Príncipe*. Allí, en el marco de un Banquete ofrecido en el cielo por Hércules, el dios Momo cuenta al resto de los celestes el modo en que se desenvuelve la vida de los hombres: a sus ojos, el servilismo y la ausencia de compasión son rasgos comunes al soldado y al filósofo, al rey y al mercader. Indistintamente, unos y otros dan cuenta de un divorcio entre la justicia y la felicidad. Ante este desolador panorama, Momo advierte que la mejor forma de vida que encontró es la del vagabundo, adoptando los presupuestos filosóficos del cinismo y, sobre todo, su “vía corta” de acceso a la felicidad:

“Cualquier otra profesión requiere periodos de instrucción, esforzado aprendizaje, ejercicio continuo (*edocendi tempora, ediscendi laborem, exercendi industriam*), una precisa programación, y además, son necesarios apoyos didácticos y otros instrumentos de trabajo de los que este arte no tiene en absoluto necesidad. Éste por sí solo se sostiene con suficientes garantías sobre la completa indiferencia por todas aquellas cosas que se consideran indispensables en las otras artes, precisamente a causa de su carencia. No hay necesidad de medios de transporte, de una nave o de un taller, y no se debe tener miedo de los aprovechados, de los atracos y de las coyunturas desfavorables” (2002: 79).

De este modo, el Momo albertiano desestima la laboriosa formación del intelectual *quattrocentesco*, poniendo el acento en la precariedad y dificultad de toda obra y labor humanas. Es este, por el contrario, el modelo que defiende Hércules en la narración albertiana: “Afirmo, pues, que los eruditos (*virī docti*), con sus razonamientos meditados y bien argumentados, son los que han hecho que se honrase a los dioses, se cumplieran las ceremonias religiosas y se tuviese respeto por los sentimientos de devoción y la virtud” (99). La narración, sin embargo, confronta con este discurso, apelando a la sabiduría práctica de Momo, cuya experiencia terrestre le aporta los fundamentos para erigir un discurso “antihumanista”.

La afirmación de la centralidad de las letras es también defendida por el propio Alberti en su juvenil tratado *De commodis literarum atque incommotis*, Allí Alberti ensalza la figura del escritor, que “entregado totalmente a las letras (*litteris*), despreciando por ello todo lo demás”, prefiere “dejar de hacer cualquier cosa que pasar un solo día sin leer o escribir (*lectitando aut commetando*)” (1991: 34). Siguiendo esta dirección el sabio afirma su distinguida naturaleza humana, ya que “(...) no sólo el hombre se distingue en muchos aspectos por encima de todos los demás seres vivos, sino que sobre todo es con mucho superior, ya que goza de una cierta capacidad de conocimiento y de raciocinio (*cognitionis et rationis*), gracias a la cual podemos fácilmente persuadirnos de que la mente humana (*hominum mentes*) no es diferente por naturaleza a la de los seres del cielo” (1991: 87).

La obra de Alberti, sin embargo, declara una y otra vez, con una ironía amarga, la fragilidad del saber. Así, afirma en uno de sus *Entremeses (Intercenales)* que “todo aquello que los hombres imaginan perpetuo y estable (...) se destruye en un momento” (2003: 392). Y ejemplifica: “¿sabes de cuántos textos griegos (...) hoy se ha perdido hasta el nombre? O pongamos el caso de nuestra literatura latina” (405).

Entre el vagabundo que desprecie de los estudios librescos y el personaje de Hércules que en el *Momo*, en sintonía con Leonardo Bruni, los defenderá como los únicos que conducen al hombre a su mejoramiento moral y, por ende, a la posibilidad de una sociedad virtuosa; entre el encumbramiento del estudioso en el tratado sobre las letras, y las varias páginas dedicadas en los *Entremeses* a la mala fortuna del estudioso y a la esterilidad de su labor, la obra de Alberti manifiesta un discurso ambivalente sobre los beneficios de las humanidades.

3. La pedagogía humanista: Rabelais y Montaigne

Más positivo es el rol que la pedagogía humanista tiene en la obra de Rabelais (1483/1494?-1553), en donde se plasma su capacidad de modificar y perfeccionar al hombre. En el marco de una estructura narrativa que parodia las novelas de caballería, Gargantúa y Pantagruel se convierten en prototipos de príncipes sabios y pacíficos, luego de haber recibido una educación humanista que revirtió los vicios de la educación escolástica recibida con anterioridad. En este sentido, la propuesta pedagógica de Rabelais supone la confrontación de dos épocas, tal como señala el propio Gargantúa en el primer libro de la saga, aquel dedicado a las aventuras de Pantagruel. Allí escribe Gargantúa a su hijo:

“(…) aunque mi difunto padre (…) había puesto todo su empeño en que yo mejorara en perfección y saber político (*je profitasse en toute perfection et scavoir politique*), y mi trabajo y estudio correspondían muy bien a su deseo (…) los tiempos no eran tan propicios ni favorables a las letras (*lettres*) como en el presente (...). Los tiempos eran todavía tenebrosos y se padecía la infelicidad y calamidad causada por los godos, que habían destruido toda la buena literatura (*mis a destruction toute bonne literature*). Pero, por la bondad divina, la luz y la dignidad ha sido devuelta a las letras durante mi vida” (2008: 101).

En *Gargantúa*, sin embargo, la restitución de los clásicos y el fomento de las disciplinas humanas se encuadran en el marco de una educación integral, en donde también ingresa el cuidado del cuerpo o el estudio fáctico de la naturaleza. Así, el joven Gargantúa, acompañado por su preceptor: “Pasaba por salas y lugares dispuestos para la esgrima y allí probaba todas las armas” (2006: 204) y luego “visitaban las tiendas de los droguistas, de los herboristas y de los boticarios, y observaban atentamente los frutos, raíces, hojas, resinas, semillas y ungüentos peregrinos, así como la manera de transformarlos” (205).

En este sentido, la pedagogía rabelaisiana se asemeja a la propuesta por Montaigne (1533- 1592), que va un paso más allá, desacralizando el valor del libro en el proceso educativo, y reivindicando, en su lugar, los diferentes ámbitos de constitución de la *humanitas*. En el ensayo “Sobre la educación de los hijos” (*De l'institution des enfans*), señala Montaigne: “Para el nuestro [estudiante] todas las horas serán iguales, todos los lugares le serán de estudio (*toutes places luy seront estude*): pues la filosofía que, como formadora de los juicios y de las costumbres (*formatrice des jugements et des meurs*), será su principal lectura, tiene ese privilegio de mezclarse con todo (*se mesler par tout*)” (2003: 220).

Aún más: en la obra de Montaigne, es la propia idea de *instrucción* la que resulta puesta en entredicho: “me siento mal instruido para instruir a otros” (202) (*me sentant trop mal instruit pour instruire autrui*), declara, o, “aquí están mis sentimientos y opiniones; entrégolos en tanto constituyen lo que yo creo, no porque deban ser creídos” (201) (*Car aussi ce sont ici mes humeurs et opinions; je les donne pour ce qui est en ma creance, non pour ce qui est a croire*), y más adelante, “Que no sean principios para él los principios de Aristóteles, como tampoco los de los estoicos o epicúreos. Que le propongan esa diversidad de juicios: escogerá si puede, y si no, permanecerá en la duda (*il en demeurera en doute*)” (205). A diferencia de lo que plantea la obra de Petrarca, la

palabra en Montaigne no sirve para suturar las grietas del ánimo. En un sentido inverso, el escritor francés aconseja siempre multiplicarse, es decir, abrirse a la multiplicidad de fuentes de aprendizaje que ofrece la vida: “Y para este aprendizaje, todo cuanto se presenta a nuestros ojos sirve de valioso libro (*tout ce qui se presente a nos yeux sert de libre suffisant*): la malicia de un paje, la necedad de un criado, una frase de sobremesa, son otras tantas materias nuevas” (207). Por ello, en su ensayo, es catalogado de “enojoso” el “saber puramente libresco” (206) (*suffisance purement livresque*) y al alumno no se le debe pedir “cuentas únicamente de las palabras de su lección, sino del sentido y la substancia; y que juzgue el provecho que ha sacado, no por el testimonio de su memoria, sino de su vida” (204) (*non par le tesmoignage de sa memoire, ma de sa vie*).

4. Conclusiones

Si para Kristeller el Renacimiento ve nacer hacia el 1500 al *humanista*, el profesor de retórica que emerge del *ars dictaminis* medieval, diferente de los humanismos modernos, para Garín entre 1380 y 1490, surge entre los escritores y los pensadores una revolucionaria idea de hombre. En todo caso, Petrarca declara: “Hay un honor que no rechazo: aquél de haber suscitado en Italia, y tal vez también fuera de Italia, estos estudios nuestros descuidados por muchos siglos: soy, de hecho, tal vez el más viejo de quienes, entre nosotros, se afana en torno a ellos” (*Seniles, XVII*, Dotti 1992). Petrarca se muestra orgulloso de haber abierto un diálogo, que es al mismo tiempo una herida, pues el hombre antiguo, merced a las nuevas operaciones filológicas y a un novedoso tratamiento de la historia, es concebido como un admirado *Otro*. De allí que el diálogo de Petrarca pueda analizarse también desde lo que Aby Warburg ha denominado “choque de horizontes culturales” entre lo pagano antiguo y lo cristiano moderno.

Para concluir, señalemos que en la obra de Petrarca la palabra asiste al hombre en el proceso de su autoformación. En la obra de Brunni los mismos estudios de humanidades posibilitan un diálogo colectivo que entrena al hombre, artífice de la virtud social. En el caso de Rabelais, la restauración y el cultivo de la palabra es fundamental, pero no agota ni las fuentes ni los modos en que deben formarse los hombres. Un paso más allá, con Montaigne, comienza una desconfianza hacia la palabra como forma privilegiada de conocimiento de un mundo plural. El caso de Alberti es distinto, porque su obra indica la imposibilidad de un diálogo fructífero entre un mundo caótico y un hombre dejado a merced de una suerte incierta, que el cultivo de las letras no puede modificar.

Bibliografía:

Fuentes

- Alberti, L. B. (1976). *De commodis litterarum atque incommodes*, L. Carotti (Ed). Firenze: Olschki.
- . (1991). *De las ventajas y desventajas de las letras*, A. Coroleu (Tr). Barcelona: PPU.
- . (2002). *Momo o del príncipe*, Medina Reinón(Tr). Valencia: Consejo General de Arquitectura Técnica de España.

- (2003). *Momus*, V. Brown y S. Knight (Ed). London: The I Tatti Renaissance Library.
- (2003). *Intercenales*, F. Bacchelli y L. D' Ascia (Eds.). Bologna: Pendragon.
- Bruni, L. (1952). *Ad Petrum Paulum Histrum Dialogus*. En E. Garin (Ed), *Prosatori Latini del Quattrocento*. Milano: Ricciardi.
- (2000). Diálogo a Pier Paolo Vergerio. En M. Morrás (Ed.), *Petrarca, Bruni, Valla, Pico della Mirandola, Alberti, Manifestos del humanismo*. Barcelona: Península.
- Montaigne, M. (2003). *Ensayos completos*, Montojo (Tr.). Barcelona: Cátedra.
- (2004). *Les Essais*, Villey- Saulnier (Ed.). Paris: Quadrige.
- Petrarca, F. (1978). Mi secreto. En F. Rico (Ed.). *Obras I. Prosa*. Madrid: Alfaguara.
- Rabelais, F. (2006). *Gargantua*, Yllera (Tr). Madrid: Cátedra.
- Rabelais, F. (2008). *Pantagruel*, López Arriazu, Rodríguez y Shalom (Trads.). Buenos Aires: Dédalus Editores.

Bibliografía citada

- Dotti, U. (1992). *La cultura dell' animo*. Roma: Editori Riuniti.
- Garin, E. (1984). *La revolución cultural del Renacimiento*. Barcelona: Crítica.
- Kristeller, P. O. (1993). *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. Madrid: FCE.
- Warburg, A. (2005). *El renacimiento del paganismo. Aportaciones a la historia cultural del Renacimiento europeo*. Madrid: Alianza.